

que se enlazan como otras tantas guirnaldas de perlas de la imaginación oriental: aquellas ingeniosas inscripciones se encuentran también en los *azulejos* que han conservado su frescura primitiva.

En medio del esplendor de los dorados, se goza aquí de la fresca y exuberante verdura de los naranjos, y del perfume de los mirtos regados con el polvo húmedo de un elegante surtidor de agua. Aquel Eden florido y perfumado, está separado del resto del mundo, como pueden desearlo aquellos que aman: es un tranquilo y silencioso retiro en que la mirada embriagada, después de haber descansado en las flores, va a perderse en el éter profundo del firmamento; ese ojo leal y fiel que nos cubre con su protección misteriosa, y en el cual leemos, según las disposiciones del corazón, la felicidad ó la desgracia.

Las habitaciones que Carlos V mandó disponer para su persona en el Palacio de Verano de los reyes moros, y que debe haber ocupado, puesto que jamás se llegó a terminar su majestuoso palacio, parecen muy prosaicas y frías junto a esta magnificencia sensual del Oriente. No quedan más que algunos artesonados de madera, sombríos y toscos, semejantes a los que aun se encuentran en las viejas mansiones feudales. Desde el comedor del emperador se disfruta de la vista del jardín de Lindaraja, y por el otro lado miran las ventanas al patiecito con balcón enrejado, donde fué encerrada su pobre madre, Juana la Loca. Me complazco en creer, por honor de aquel grande hombre, que jamás supo el objeto a que estuvo destinado el pabellón.

Por el segundo piso de las habitaciones del emperador, pasamos a una galería asentada sobre la muralla exterior de la ciudadela que conduce al gracioso *Tocador de la reina*, cuyos contornos elegantes se adelantan en forma de baluarte sobre el valle del Darro. Indudablemente jamás ha tenido ninguna reina en el mundo, un retrete con tan hermosa vista. ¡Qué delicia debe ser disfrutar de los placeres del tocador en un lugar retirado, fuera del alcance de las miradas, en el aire libre de la montaña, y tener al mismo tiempo, a sus pies, el soberbio valle, la ciudad majestuosa, la rica *Vega* cubierta con sus tintas de oro y de esmeralda, y la cima de los plátanos que circundan con su fresca verdura la colina de la Alhambra y sus altas murallas! El acto del tocador tiene en sí, no sé qué es-

pecie de voluptuosidad agradable, especialmente para las mujeres: un adormecimiento delicioso se apodera del cuerpo, como para prepararlo a las fiestas futuras; la cabellera suelta y entregada a manos extrañas, le comunica el magnetismo de sus aromas. ¡Qué, pues, se sentirá aquí que el suelo de mármol transformado en pebetero, lanza espirales de perfumados aromas que envuelven a la hermosa sultana en nubes embalsamadas? Descansando el alma en dulce abandono, nada en un océano de pensamientos confusos. ¡Grande encanto debió ser pasar en este amoroso retrete largas horas en medio del amable juego de los pensamientos y de los cuidados voluptuosos del cuerpo!

Aquella pieza aérea y ligera, rodeada por una galería de columnas, domina por tres partes la cumbre de las fortificaciones que están sobre el Darro y la ciudad: esto basta para formarse idea del admirable cuadro que se presenta a las miradas. Figúrese la perspectiva encantadora y majestuosa de Ambrás, y el real panorama del Hradschin de Praga reunidos en la rica y vaporosa luz del país morisco, y se tendrá una idea de los esplendores de la Alhambra. Los frescos del Tocador fueron terminados en tiempo de Fernando é Isabel, y aun se ven enlazadas en el friso las iniciales de la pareja católica.

Corté en el patio de la Lindaraja, algunas rosas particulares del Palacio de Verano. Debajo del pabellón de la hermosa favorita, se encuentra la *Sala del Secreto*, pieza oscura, cuya bóveda construida con arte, trasmite por medio de un eco maravilloso a cada uno de los ángulos, las palabras que se pronuncian en voz baja en el ángulo opuesto. Fué construida por orden del piadoso y severo Felipe II, para diversion de sus hijos, a fin de que no tuviesen necesidad de procurarse distracciones fuera del castillo. Fué un extraño capricho el de relegar los entretenimientos de los jóvenes príncipes a aquella sala sombría, como si estos juegos de acústica, bastante siniestros, pudiesen reemplazar las horas alegres pasadas en el campo y en los bosques. Comenzaba entonces aquella etiqueta española, que, bajo los Borbones de la decadencia, ejerció una acción tan tristemente ridícula, y no permitió ya al soberano separarse de sus castillos, ni de su monótona capital; le prohibió el paseo durante el día, suprimió las fiestas, el juego y los bailes, y



acabó por impedir a los príncipes la asistencia al teatro, si no era en presencia del rey. La etiqueta es el alma de una corte, y por lo mismo es indispensable para todos los tronos: pero las cortes no deben carecer de animación ni de amable sociabilidad. Verdad es, que en ellas hay algo más que hacer que divertirse; mas en medio de los esplendores imponentes del palacio y del respeto que circunda a la majestad soberana, el fastidio no debe subsistir jamás, porque con él, todo muere como en las aguas estancadas: la vida se extingue entónces, y con ella la actividad, como nos lo enseña la historia de España, este país tan desgraciado y tan hermoso.

Los baños, completamente restaurados hoy, son interesantes por su arquitectura y la disposición de las localidades. Se encuentra desde luego una grande antecámara dividida en alcobas por medio de arcos elegantes: las paredes están adornadas con los azulejos más magníficos: la luz no penetra sino después de haber sido suave y mágicamente tamizada a través de los rosetones o estrellas practicadas en la bóveda y cubiertas con vidrios de color. Allí se preparaban los baños de la misma manera que se hacía en las otras partes de Oriente: comenzaba el que iba a bañarse, por dejarse desnudar y magnetizar, por decirlo así, por los esclavos, para penetrar después a una pieza más extensa, donde una atmósfera de vapor caliente, dilataba los poros de la piel: esta sala tiene a derecha é izquierda, grandes fuentes de mármol blanco, y otras más pequeñas que servían de tinas para los niños junto a las del rey y de la sultana; pero, con excepción de los azulejos que son notables por la riqueza del dibujo y de los colores, lo restante es de la mayor sencillez, pues aun están blanqueadas con cal las paredes y las bóvedas. Por el contrario la pieza siguiente que se encuentra después de la anterior y estaba destinada al reposo, allí el lujo oriental se despliega en toda su magnificencia: esta sala deliciosa tiene a su alrededor tribunas ó balcones, donde se colocaban músicos y cantores, para producir con sus melodías un suave adormecimiento a los augustos personajes. Actualmente se ocupan en reparar esta parte que ofrece grande semejanza con el pequeño patio que fué restaurado en el Alcázar de Sevilla.

Existe en la Alhambra un baluarte situado sobre el valle del Darro que se llama la torre de Comares, por haber sido este el nom-

bre de un hijo de Boabdil a quien aquel rey cruel hizo encerrar en ella, a consecuencia de un sueño alarmante. Boabdil desterró también de la Alhambra a Omar, otro hijo suyo, porque tocaba el violín y con esto irritaba los nervios del *Rey chico*. Le hizo construir otro palacio, el Generalife en la montaña que se llama *Silla del Moro* donde, sea dicho de paso, se perciben aún las ruinas de una ciudad romana. ¡Cuántos príncipes conozco que no son primogénitos y que se entregarían con ardor al estudio del violín, si por este medio pudieran obtener un palacio tan encantador como el Generalife!

En la Sala de la Misericordia hacían los moros sus oraciones antes de entrar en la mezquita, a la cual se llega por una elegante arquería donde hay un nicho en que guardaban el Corán. Aquella mezquita fué convertida en capilla en tiempo de Carlos V: está adornada con delgadas columnas de capiteles dorados que sostienen, como en las basílicas italianas, un artesonado de madera de forma plana. Las paredes, cubiertas con hermosos azulejos, presentan, además de las sentencias del Corán, al águila imperial con el altanero *plus ultra*, que muy pronto debía eclipsar todas las divisas de Oriente y Occidente. Hay en el altar un cuadro en figura de chimenea que representa a los Magos a los pies de la Sagrada familia, objeto felizmente escogido para decorar la antigua ciudadela de los moros vencidos por la Cruz. El coro, dorado solamente hasta la mitad, demuestra que la ornamentación de la capilla jamás quedó terminada. Aquí, como en todas las partes de la Alhambra, se vé sonreír a la poesía de la naturaleza: a los lados de dos ventanas enrejadas que dan al jardín que está al mismo piso de la capilla, enlazan las parras su gracioso follaje.

El Patio de los Mirtos se encuentra enfrente de los que acabamos de describir. Allí nos presentaron un registro establecido por el príncipe Dolgorouki, con objeto de impedir que los extranjeros manchen las paredes con sus nombres insignificantes. Todos tienen empeño en consignar aquí su visita, porque hay pocos electos que hayan disfrutado en su vida la felicidad de venir a Granada, y siempre siente uno orgullo en poder avisar a sus semejantes que ha visto también las maravillas de la Alhambra. En la primera página se vé brillar el nombre de Washington Irving,



ese cantor trasatlántico del palacio de las leyendas. Leímos también, marcado con la fecha de 2 de Mayo de 1841, el nombre tan estimado en la literatura italiana de la condesa Ida Hahn-Hahn.

De aquí se pasa a la sala de los Embajadores que se encuentra en la torre de Comares, y es donde la riqueza y la magnificencia orientales, han desplegado todos sus recursos. En ninguna otra parte son mas vastos los espacios ni mas elevadas las bóvedas: desde las celosías del balcon se goza de una perspectiva que realmente parece hecha por las hadas. La sala entera resplandece por sus dorados: la torre, sólida como la roca, ruda y sin adornos en la parte exterior, domina el valle con su masa imponente, y parece desafiar a los siglos. Por un contraste maravilloso, el interior inundado de luz por las celosías de las ventanas y los ajimeces de las cúpulas, resplandece como una sala brillante en medio del lujo oriental y fantástico de los Califas. Las paredes están cubiertas de azulejos y ladrillos barnizados, de una riqueza incomparable; el suelo está adornado con arabescos, y el artesonado de madera de cedro, maravillosamente esculpido, está decorado con extensas planchas de nácar, y brilla como un cielo que durante el día estuviese sembrado de estrellas. Aquella sala es verdaderamente magnífica, y tal vez la única de la Alhambra que corresponde a la idea de la majestad real.

Sentía yo un placer sin igual acercándome a las celosías del balcon para admirar a mi alrededor el mágico aspecto de la sala, y delante de mí el encantador panorama de Granada. Desde la azotea de la torre de Comares se disfruta de aquella vista en toda su extension. El *cicerone* nos enseñó al Oriente la montaña del *Ultimo Suspiro del Moro*: desde allí, Abu-Abdallah, el rey moro vencido por los cristianos, pudo percibir por última vez su hermosa Granada y su mágica Alhambra; se detuvo un breve tiempo, y amargos suspiros se escaparon de su pecho, y ardientes lágrimas corrieron por su rostro. ¡Cuán naturales fueron aquellos sentimientos! ¡Qué bien se comprende aquel dolor!

Desde el mismo punto vimos también nosotros las diferentes torres de la fortaleza, las mas notables, bajo el punto de vista histórico, son: la *Torre de la Vela* de que ya hemos hablado, la *Torre del Homenaje* y la de los *Infantes*, llamada también *Torre Encarnada*.

La torre de los Infantes contiene una pieza principal que ocupa la altura de dos pisos, y en el superior está rodeada por varias salas; esta disposicion es bastante comun en la arquitectura morisca. Aquí vivieron tres hermanas: Saida, Zoraida y Sulima, con su aya que se llamó Zoraya. Aquellas tres hermanas eran hijas de un rey que las amaba a tal extremo, que hizo cuanto le fué posible por impedir que se casaran; y con este fin las tenia en la torre secuestradas del resto del mundo; pero el amor no conoce obstáculos, y el corazon del hombre tiene una tendencia natural a codiciar lo que le está prohibido. Así fué que dos jóvenes caballeros que también estaban encerrados en la *Torre Encarnada*, se enamoraron de las dos hijas mayores del rey; y con el auxilio de una escala de cuerda, consiguieron fugarse y libertar a las hermosas cautivas. Sulima, la mas jóven, que no conocia el amor ni el mundo, rechazó al principio toda idea de raptó: queria permanecer sometida a la voluntad de su padre, lo que le era tanto mas fácil, cuanto que nada la inclinaba a desear la libertad. Mas las otras hermanas la decidieron, y ella se aventuró por la vacilante escala: la aya también fué robada, como lo hubiera sido un fardo; y habiendo todos montado en ágiles corceles, huyeron en direccion de la frondosa *Vega*. La aya, inexperta en este género de aventuras, se cayó del caballo, se rompió una pierna, y fué abandonada en medio del campo: *estorbo de ménos*.

Llegó la noche, el sol declinaba tras de las montañas vaporosas y azuladas y teñia con sus últimos rayos la altiva ciudad de los Califas en que reinaban la consternacion y el luto. El rey lloraba por sus tres prendas, que formaban el orgullo de su corazon de padre, cuando la campana de alarma de la *Torre de la Vela* hizo resonar los aires hasta muy léjos, y entónces los creyentes encendieron grandes fogatas en las cumbres de las montañas, como era costumbre hacerlo siempre que esta campana sonaba. Pero los caballos eran rápidos y el amor tenia alas aun mas rápidas, y cuando las últimas fogatas se extinguieron, las tres infantas se hallaban fuera de todo alcance. La moral de la historia es que hasta los padres pueden amar exageradamente. La torre no guardó de sus hermosas habitantes mas que su nombre y su poético recuerdo; y este recuerdo es para el extraño pasajero un encanto



que se extiende por aquellos lugares como el perfume de una flor; quitádselo, y solo queda un calabozo arruinado y desierto.

Atravesamos en coche el parque, cuya fresca yerba y vegetación exuberante jamás se borrarán de mi memoria, y regresamos á la ciudad por este camino.

Por él llegamos al jardín de *Huerto Real*, que perteneció en otra época a Zúñiga, madre del último rey de los moros. El actual propietario es un marqués, cuyos progenitores de pelucas empolvadas presentan un aspecto bastante cómico en aquel Triunfo morisco. El edificio está al mismo piso que el jardín, al cual se penetra por un vasto salón y un pórtico.

Lo que a mis ojos hay de más agradable en esta mansión, son los gigantescos y seculares bosques de laureles que forman anchas bóvedas, bajo las cuales se encuentran elegantes juegos de aguas, que mantienen una frescura eterna. Los moros en su filosofía refinada de placer, sabían asociar la poesía con el arte y la naturaleza. Su religión les permitía los gozos de este mundo en la más amplia escala, y los lugares adonde su imperio se extendía, eran aquellos en que la naturaleza prodigaba al hombre sus más ricos tesoros: era preciso, por lo mismo, que bajo la influencia de su imaginación oriental, se desarrollase una civilización infinitamente amable. Sé que muchas personas no admiran esos juegos de agua y esas cascadas, esos caños y esos canales, esas fuentes de mármol y esos puñados de diamantes que suben y vuelven a caer con armonioso murmurio, esos espejos argentados y límpidos rodeados de brillantes flores. Encuentran todo eso pueril y mezquino; pero yo creo que aquellas cosas convienen maravillosamente al clima y refrescan la vista, ejerciendo un atractivo singular sobre mi imaginación, que se siente ocupada toda entera y como magnetizada, que juega con la ola bulliciosa, que sube con el chorro de agua iluminado por un rayo de sol a los campos azulados del éter, que se lanza hasta los techos con esos millares de multiplicadas perlas, que vuelve a caer con las ruidosas cascadas y va a perderse jugueteando bajo las flores, en la sombra eternamente fresca de los laureles.

Uno de los principales ornamentos de Granada, es la vasta y sombría *alameda*, larga calzada formada por muchas hileras de ár-

boles de un verde único en España, y que termina en cada extremidad con una fuente monumental, cuyas aguas, cayendo en anchas masas, se evaporan en lluvia fina, en niebla húmeda que derrama una frescura deliciosa. Por la tarde se ve aquí reunido todo lo que la ciudad tiene de más hermoso, y no es poco decir, porque estamos en el Mediodía de la Península dorada, donde los soberbios ojos negros brillan con un fuego más ardiente que en cualquiera otra parte. Granada, regada por los veneros abundantes de la Sierra Nevada, es el único lugar de toda la Andalucía que no pierde durante el verano la frescura de la primavera: por todas partes se ve la ciudad agradablemente interrumpida por los árboles y los zarzales.

A la entrada del paseo se encuentra una capilla de poca apariencia, pero interesante por los recuerdos históricos que se relacionan con ella, y está cubierta de inscripciones grabadas sobre la piedra. Fué construida en el mismo lugar en que el rey católico, vencedor, abrazó al noble Abu-Abdallah. Éste huyó entonces más allá de la mar para llorar en los desiertos de África los hermosos días de Granada, y Fernando, único dueño de la Península, hizo su entrada en el palacio dorado de la Alhambra.

¡Qué ternura han conservado los moros por este palacio que fué obra suya y su encantadora morada! Cuando Abu-Abdallah se vió en la necesidad de dejarlo, no pudo resolverse a salir por la puerta principal: lo hizo por un postigo lateral, dirigiéndose agobiado de melancolía a la presencia del vencedor.

Granada, 2 de Octubre de 1851.

Hoy dedicamos otra vez nuestra primera salida al mágico palacio. Esta ocasión pude gustar con descanso de lo que ayer apenas vi con admiración. Aunque con trabajo, conseguimos que el gobernador de la Alhambra diese orden de hacer soltar las aguas en algunos patios, y en algunas salas. Las obras de reparación ejecutadas recientemente en los conductos, habían alterado un poco la claridad del agua; pero, a lo ménos, pudo oírse el rumor bajo las bóvedas doradas, y se pudo admirar la caída alegre y ligera en la fuente de mármol. Demasiado pronto nos despedimos de aquella



poética mansion, y nos trasladamos al palacio de recreo de Omar, el príncipe aficionado al violín, al *Generalife*. Este castillo mas pequeño que la Alhambra, está situado a mayor elevacion, en la fresca yerba de la montaña que le sirve de fondo. Visto por fuera con su levantamiento en forma de torre, parece mas bien un convento que un palacio de verano. En el interior se observa un pórtico muy hermoso que conduce a la habitacion principal por un largo y angosto jardín, cuyos prados están interrumpidos por canales. A lo largo del cercado se halla una série de arcos de follaje, que permiten a la vista pasar del jardín y extenderse a lo lejos por la parte de afuera. Otro prado, trazado con líneas regulares y adornado con grandes fuentes, confina con el primero, aunque es algunas toesas mas alto.

Aquí se vuelven a encontrar la soledad y el retiro tan queridos para los orientales: estos lugares deben ser para sus habitantes un paraíso poético y florido. Se complace uno en soñar que podría pasar su vida en estos jardines silenciosos y románticos. Aquí se ve medio enraizado en la pared, majestuoso y soberbio, el ciprés cinco veces secular, bajo el cual se pretende que la sultana Zoraida fué sorprendida con el Abencerrage.

Se sube la pendiente de la montaña por una escalera que tiene muy rápidos declives a ambos lados, y limitada por pequeños canales ó arroyos que se precipitan en cascadas regulares haciendo el rumor mas alegre y mas vivo del mundo. En cada escalon parten abundantes chorros de agua de en medio de pequeñas fuentes, y lanzan su garzota de líquido cristal hasta el espeso follaje de los bosques de laureles, cuyas ramas se cruzan sobre ellas. Por todas partes de la montaña corre el agua: a cada paso aparece una fuente, y siempre oye uno murmurar a su lado alguna ola extrañada de su curso que va a alimentar algun estanque ó a llevar la frescura al pié de un árbol. Aquella irrigacion ingeniosa, es un lujo poético que deberíamos imitar en nuestros países.

En el punto mas elevado del jardín, se encuentra un terrado desde donde se disfruta de una admirable perspectiva. El punto de vista mas hermoso y pintoresco, es la Residencia de Verano, que resalta altivamente con la torre de Comares y el elegante *Tocador de la reina* sobre la boscosa pendiente del Darro. Por este lado

presenta a la ciudad de Granada y a la *Vega*, el aspecto de un castillo gótico con sus almenas y sus torres irregulares. Pudiera uno creerse en Alemania, al observar la presencia imponente y formidable que ofrece a la vista este viejo castillo con sus tintes rojizos.

El duque de Montpensier quiso comprar el *Generalife* ántes de trasformar a San Telmo en una residencia mágica; pero aquel palacio pertenecia a un marqués español que habitaba ordinariamente en Génova, y las leyes que aquí rigen respecto de la propiedad amayorzgada, no permitieron la enajenacion. ¿Qué habria sido del castillo, si un príncipe opulento, de una imaginacion fecunda, como el noble duque, hubiese aplicado los recursos de su talento y de su gusto a un edificio tan admirablemente situado y tan interesante por las leyendas que recuerda?

Cartagena, 17 de Octubre de 1851.

Pasé a bordo este día. Desde 14 de Octubre estamos en Cartagena, ciudad monótona y fastidiosa, cuyo aspecto nada tiene de interesante ni de pintoresco; y fué para mí una verdadera dicha, ver a las seis de la tarde que las velas de la fragata se desplegaban y que comenzábamos el camino que debia llevarnos al país natal.